

Oh! que espectáculo tan horrible y tan hermoso!  
Entónces fué bastante: habia quedado aletargada.

Se levantó, blanca como sus sábanas, para volver á caer embriagada y moribunda sobre su almohada, sin ni siquiera ver que estaba allí su amante.

Y este, orgulloso con lo que habia hecho, quiso abrazarla para decirle adios.

—Pobre jóven! Ella habia agotado todo su amor, sumergiéndose en aquel oro! Solo le quedó fuerza para decirle:

—Ah! eres tú? Vete; pues estoy muerta. Déjame dormir!

Anatolio lo comprendió todo.

No la abrazó y salió.

## XXVI.

## EL DESPERTAR DE DANAE.

El despertar de Danae fué rudo. El Sr. de Cormon se paseaba tristemente frente al palacio de la diosa, mirando las ventanas, como para dirigirla un adios eterno. No podia emanciparse á aquella atmósfera envenenada; el desdichado jóven, no podia vencer aquel amor que todo lo habia matado en él, hasta su madre.

Monjoyeux cruzó por allí. Sin duda se habia olvidado de entrar en su casa. El señor de Cormon le cogió del brazo, y le abrió su corazon.

Monjoyeux quedó indignado. Rehacia por la octava vez, la sátira de Juvenal cuando, á su vez Octavio pasó tambien por allí. Parisis, á no dudarle se habia olvidado así mismo de entrar en su casa.

El señor de Cormon, dijo con gran dulzura que iba á partir al istmo de Suez, donde ganaria tres mil francos al año, ó bien se haria zuavo pontificio, sin que dirigiese una sola maldicion á la señora de Faranges.

—Suceda lo que suceda, yo no quisiera ser rico,

mas que para comerme otra fortuna con ella. Ya lo veis, dijo el jóven, aun conservo su llave.

Y enseñó la llave dorada.

Monjoyeux la cogió, y desapareció en seguida.

Monjoyeux subió de cuatro en cuatro peldaños, la escalera que guiaba á la habitacion de la marquesa.

La señora de Faranges habia vuelto á dormirse; uno de sus desnudos brazos acariciaba el oro.

Monjoyeux vió el saco de viaje: lo cogió y empezó por meter en él, puñados de oro.

La marquesa lanzó un grito, y acudió un criado; pero Monjoyeux con su gran aire de mando, le dijo:

—Echad agua sobre el rostro de esta mujer, para calmarla; pero no llameis porque diré que ella me ha robado este oro. Ya veis que estoy en mi casa, puesto que tengo la llave.

Al mismo tiempo, mientras Monjoyeux enseñaba la llave, amenazaba con sus puños. El criado se alejó discretamente. La señora de Faranges miraba á Monjoyeux con estupor.

—No temais, le dijo este: no quiero la muerte de la pecadora; quiero dar á Cesar lo que es del Cesar.

Y seguia metiendo el oro dentro del saco.

—Pero caballero, este oro es mio!

—Haríais de él un mal uso: no es ya suficiente el haber tomado esta mañana un baño de oro? Ahora que estais aletargada...

—Aletargada! dijo la marquesa.

Y alargó sus manos para coger los dos últimos puñados.

—Y bien, dijo Monjoyeux, os doy estos dos puñados, porque teneis las manos pequeñas.

Cinco minutos despues con los ojos echando chispas, los cabellos revueltos, apareció triunfante ante Parisis y Cormon.

Llevaba el saco de viaje de Anatolio.

—Que bien cantan los luises! dijo sacudiendo el saco.

—Como! le habeis tomado este dinero? preguntó Anatolio.

—Si, lo bueno se toma donde se encuentra: ella está rica, vos sois pobre: vamos á la Bolsa donde con este dinero os podreis crear una renta de diez mil libras en fondos turcos. Con semejante renta se puede vivir á lo filósofo: he ahí lo que vais hacer.

—Pero y Aurelia?

—Estais loco? Aurelia tiene cien mil libras de renta. La habeis dado un alegron esta mañana; queria tomar un baño de oro y lo ha tomado; de que le serviria ahora tener mas renta? Fuera como una gota de agua, caida en el Océano. Por otra parte ya se ha quedado dos puñados de oro.

Anatolio no queria aceptar su dinero.

—Pensais quizá, dijo Monjoyeux, que voy á llevarlo allí? Pues bien, amigo mio, no soy tan torpe. Si os obstináis en ser un insensato, iré á meterlo en la Caja de Depósitos, hasta el dia en que el juez dis-

ponga de él. Esto es lo único que se puede hacer con hombres que no quieren entrar en razon.

El enamorado jóven se resignó á ser juicioso aunque con la intencion de volver á entrar en casa de Aurelia, con las manos llenas de oro.

—Por lo que á mí se refiere, dijo Parisis, quiero darme el espectáculo de Danae, pues su lluvia de oro vá á convertirse en lluvia de lágrimas.

Forzó la puerta, y encontró á Aurelia sentada en su lecho, con los piés desnudos, y los cabellos en desórden.

Parecia una madre, á la cual se acaba de arrancar su hijo.

—Tambien tomáis parte en esta comedia? preguntó á Octavio con voz estridente.

—Yo las represento todas, replicó el duque, pues se dice que soy el diablo.

## XXVII.

## EL TERCER LADRON.

Desde que las mujeres son rúbias hay en Francia dos cosechas completas: la del trigo y la de las cabelleras. Lo cual no impide que la señorita Sarah Felix—qué dirias tú, ó Raquel!— haga correr sobre los cabellos negros el agua de las hadas que los convierte en rúbios del mismo modo que la señorita Sarah Felix improvisaba en el Odeon las Celimenas.

Solo, pues, existen las rúbias, como en Venecia en el siglo de oro y como en Versalles en tiempo de Luis XIV. No tan solamente bajo el reinado del Rey-Sol todas las La Valliere eran rúbias, sino que hasta los hombres no queria usar mas que pelucas rúbias. Ved sino al duque de Lauzun y al conde de Guiche, que eran rúbios. Enriqueta de Inglaterra era rúbia, rúbia era la señorita de La Valliere, muy rúbia la señora de Montespan, casi roja la señorita de Fontanges.

El duque de Parisis que hubiera amado las rúbias en la córte de Luis XIV como en el Decameron de Giorgiono, como en los festines de Pablo Veroneso,

amaba también las rúbias de la época actual. Pero ya se ha notado que no era exclusivista: no tachaba de criminal á una mujer por ser morena; era entusiasta de las que tenían el pelo castaño y no desdenaba á las «Venus con cabellera de ángel.»

Se puede muy bien decir, no obstante, que seguía el cortejo de las rúbias.

Mas para él la verdadera rúbia era la señorita de la Chastaigneraye. Su lujuriosa cabellera contenida en sus ondulaciones por una púdica mano, pues ella era la única que tocaba sus cabellos, tenía un dulce brillo; era el verdadero color de oro del sol, el color rúbio de Eva antes del paraíso perdido.

Aunque Parisis fuera hermoso y de talento, era siempre el hombre irresistible. Las mujeres no tienen siempre el sentimiento de la belleza viril y con frecuencia no aman al hombre que las domina por la fuerza del talento. Octavio parecía hecho para probar á las doncellas la existencia de un ideal nuevo. Nada de falso sentimentalismo, de sonetos á la luna y de aspiraciones hácia las estrellas: el hombre y la mujer en el amor. No era todo un mundo? A qué perderse en el horizonte, en las riberas platónicas, si se tiene á mano la poesía visible?

Aspasia dijo un día á Platon, que le había paseado en todos los senderos del sentimentalismo: —«Cuánto camino hemos hecho?— Para llegar á donde? preguntó Platon.— Para llegar al principio,» respondió la cortesana.

«Cuánto tiempo perdido! esclamará el que quiera ir por el atajo. El uno coge todo lo que encuentra debajo de su mano. «Quien quiere no pierde el tiempo» dirá otro que viaje sin llegar nunca al punto donde se dirige. Aquel dá la vuelta al mundo sin poner el pié en el suelo. Llega frente á Nápoles. «Ver Nápoles y morir!» esclama! Y no entra en la ciudad.

Platon no razona bien, pues el amor es una embriaguez; y cómo embriagarse sin morder la uva?

Los platónicos decían que Hércules á los piés de Omfala no escuchaba mas que los latidos de su corazón. Mas cuando Hércules hilaba el perfecto amor á los piés de Omfala, era luego de haber cumplido sus trabajos.

Octavio no hilaba á los piés de Omfala, y sin embargo en casa de una condesa rúbia que vivía en la parroquia de Santo Tomás de Aquino, fué detenido dos días ante su bordado. Hilaba una blanca poloma para un primo suyo: hilaba el perfecto amor. Al cuarto día la paloma fué inmolada.

El gran arte de Parisis consistía en llegar á tiempo. Henry de Pene ha hablado como La Bruyere cuando ha dicho: «Con frecuencia lo que la mujer ama, lo que la seduce, lo que la arrastra, lo que la entusiasma no es el amante, sino el amor. Las naturalezas amantes se entusiasman haciendo castillos en el aire. Un hombre llega, aprovecha la ocasión y entra en aquel corazón por la brecha que la fantasía había hecho antes de su llegada. Cualquier otro hubiese

entrado cual él.» Cualquier otro hubiese entrado al día siguiente. Mas Parisis adelantaba la hora.

La historia de la condesa rúbia, metió gran ruido hace un año.

El Cours-la-Reine es un paseo muy poco frecuentado. Se ven en él algunos hermosos palacios; pero como los árboles son aun muy hermosos la gente prefiere los Campos Eliseos, donde los árboles no dan sombra.

Cierta tarde, á las dos y media, el duque de Ayguevives, un diplomático estrangero que representa con gran talento una república ideal, fumaba debajo de los árboles de Cours-la-Reine con uno de sus amigos, que, al parecer, era tambien un diplomático estrangero.

Estoy para creer que estos dos diplomáticos no variaban entonces la geografía del mundo: quizá hacían la historia del Cours-la-Reine.

Catalina de Médicis habia puesto con su mano soberana la primera piedra de las Tullerías; María de Médicis plantó con su blanda mano el primer olmo de aquel paseo. Habia entonces, como hoy, cuatro hileras de árboles formando tres paseos. Aquello era muy hermoso cuando á cada lado se veía un pórtico de buen gusto arquitectónico con puertas de hierro en balaustrada. Aquellos olmos contaban cien años cuando el duque de Autin, superintendente del patrimonio de la Corona, los denunció como demasiado viejos, lo cual no se hubiese atrevido á hacer bajo el reinado de

Luis XIV: los mandó arrancar para sustituirlos con los que se ven hoy día. Ya se sabe que tenia un carácter teatral y altivo: como María de Médicis, plantó el primer árbol y dió sus órdenes para que los demás quedasen plantados en menos de tres horas. Era otro Mr. Haussmann.

La historia galante, amorosa y romantica del siglo diez y siete y del siglo diez y ocho, tuvo su parte de teatro en Cours-la-Reine; aun se creen oír allí los espirituales ecos de las Ninon, de las Sevigné, de las Sofia Arnould y de las Tallieu y los melancólicos ecos de las Aissée, de las Mimi Dancourt y de las Espinasse. Me olvidaba citar las queridas de Luis XIV y Luis XV; pues era el camino que se dirigia alegremente á Versailles, camino por el cual todos volvieron, como la La Valliere y la Montespan, sembrando las perlas de la corona y las lágrimas de sus ojos.

Hoy los Campos Eliseos son el Cours-la-Reine y ofrecen el verdadero espectáculo del Paris verdadero.

En esta comedia de vanidades, donde todo el mundo quiere representar el primer papel, hay muchos espectadores de dos sueldos —el precio del alquiler de una silla— que viéndose salpicados por la rueda de la fortuna, pueden decirse si son filósofos, como mi hermano Eduardo Houssaye: «Entre los que andan en pié y los que andan en coche no hay mas diferencia que la altura del estribo!» Es el punto de partida de un país al otro, de la miseria al lujo, de la ambicion al poder. Es el lazo de union entre aquel

que no es nada y aquel que lo es todo. La cuestion está en poner el pié en el estribo.

Sin duda aquellos diplomáticos de talento no se apartaban de su asunto; mas, porque mientras hablaban, una jóven dama cruzaba debajo de los árboles —rúbia como los rayos de la aurora— vistiendo un traje de raso color de violeta guarnecido de blondas, cinturón flotante, anudado al revés, sin duda para que se pudiera desatar sin que ella lo percibiese, rosas en una cabellera revolucionaria y guantes de color gris-perla?

Hé aqui la mujer; me equivoco: hé aqui la moda.

No traía velo: pero jugaba con tanta perfeccion su sombrilla que no se la veía el semblante. Era una lástima pues ya que no era muy hermosa, en cambio era simpática. Su barba era demasiado grande pero su boca divina. Y los dientes? Octavio de Parisis decía que tenía los más bellos ojos del mundo; desgraciadamente para mí, aquella mujer no me miraba con tan hermosos ojos; así es que me contentaré en decir que eran frios; estaban á diez grados bajo cero. Probablemente que Octavio de Parisis hacia subir el termómetro hasta el calor de los trópicos.

De dónde venía aquella fresca criatura? Lo siento por el barrio de San German; pero de seguro que no venía del barrio de San Antonio.

—Sabéis porque, dijo uno de los diplomáticos, esa mujer que ha bajado del coche, se pierde entre los árboles?

—Vaya una pregunta! Viene aquí por vos.

—Nó, por vos. La conocéis? es la señora de...

—Sabía, pues, que veníais aquí?

—Nó: ahora mismo la hé encontrado paseándose en coche.

La dama examinaba y hurtadillas á los dos amigos, y parecia inquieta.

Se alejó un poco.

Temía el ser conocida? Se paseaba por alguno de ellos? Entonces por que el otro seguía allí?

El duque de Ayguevives, recordó que en el día anterior, en un concierto de los Campos Elíseos y en un grupo de gente donde estaba aquella dama, habia estado muy brillante. Se habia burlado con el talento de Lanzun, de las mujeres metidas en su virtud, comparándolas al interior de esos respetables castillos góticos, donde las arañas hacen la tela de Penélope.

No le cupo duda, de que aquella dama, iba allí por él.

Mas el otro diplomático era un fátuo que se imaginaba que un hombre del Sud, debia conquistar todas las rúbias.

—Bien considerado, exclamó, habrá venido por mí.

Pero el duque de Ayguevives, no se quedó convencido.

—No querido: viene por mí y vos sois demasiado amable para no despediros de mí enseguida.

—Os dije que la ví en coche y que me sonrió adorablemente. Conozco que quiere hablarme.

—Idos hacia la avenida Montaigne; tan pronto como os hayais alejado os prometo que vendrá aquí.

—Pero esto es una tiranía.

—Teneis ilusiones, querido, y yo no las tengo.

—Echemos á cara cruz quien de los dos debe marcharse.

—Pues bien, vaya un luis al aire.

—Cara! dijo el duque de Ayguevives.

Cuando el luis cayó en tierra los dos diplomáticos se besaron.

—Ahora bien: mientras ganaban ó perdian así á la señora de... el duque de Parisis llegaba al campo de batalla y ofrecia el brazo á la señora.

—Y bien! dijo el duque de Ayguevives; me parece que el duque de Parisis es quien ha ganado?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO PESQUERA"

No. 1625 MONTERREY, MEX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO PESQUERA"  
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

## XXVIII.

### LA MUJER DE NIEVE.

Del Norte es de donde nos vienen hoy día las mujeres románticas. Cuantas historias inverosímiles desde hace veinte años se ha complacido en escribir el destino con su pluma de oro ó de hierro, que tienen por heroínas danesas, noruegas, rusas ó polacas! Verdad es que no son siempre ángeles de belleza; pero al fin son mujeres. Por lo demás, alguna de ellas ha tenido su belleza original. Las que no son hermosas, tienen, sin embargo, cierto olor de terruño que recuerda los países de la nieve.

El sol produce maravillas: todo lo que toca lo convierte en oro; mas las mujeres doradas no tienen ese hechizo penetrante, esa dulzura fugitiva, esa morbidez coregiana de las mujeres que han pisado la nieve.

Octavio encontró cierta noche, en el concierto de los Compos Eliseos, una mujer alta y blanca, algo inclinada, que se paseaba sola. Todo el mundo la notó y la criticó á un mismo tiempo. Los hombres á la moda habian murmurado viéndola pasar; mas no se

habian atrevido á detenerla en su camino porque no tenia caballero que la acompañase ni dueña que la siguiese. Su natural altivez les imponia por otra parte el silencio.

El señor de Parisis se hallaba entre un grupo de calaveras del gran mundo, que se vengan amenudo con la intemperancia de la lengua de la frialdad del corazon. Todo el mundo se burlaba de la mujer alta y blanca.

—Es la caña que piensa de Pascal, dijo una marisabidilla.

—Es una mujer que llega del país de las brumas: hé ahí porque va vestida con seda de paraguas.

—Es blanca como el mármol, buena para una estatua cineraria.

—Viene aquí para buscar un hombre: pero sus ojos son dos linternas sordas.

—Si Debureau estuviese aquí enharinado, encontraría su hombre.

—Su hombre! exclamó Octavio levantándose; su hombre, lo seré yo.

Soltóse una gran carcajada.

—Entretanto vosotros observareis la vigilia. Hace ya tiempo que hago el mártir de carnaval con Parisienses cuyos refranes conozco: quiero oír otra canción.

Y se dirigió con valor al encuentro de la desconocida.

El señor de Parisis era de aquellos que conocen

tan bien el lenguaje del talento, que jamás decia una torpeza. Así es que nadie, como él, sabia abordar mejor una mujer inabordable. La mayor parte se estrellan en los arrecifes ó se dejan ametrallar por el enemigo; pero enarbolaba con tanta oportunidad su pabellon y maniobraba tan hábilmente, que nunca se estrellaba.

Encontró á la estrangera.

—Señora, le dijo, permitid que os ofrezca mi brazo.

La jóven se detuvo sorprendida y quiso pasar adelante sin contestar: mas luego, viendo el aristocrático aire de Parisis, dijo reprimiendo su cólera:

—Caballero, yo no tengo el honor de conoceros.

—Pues precisamente, dijo Octavio acompañando sus frases de una sonrisa que mostraba las profundidades de su alma, pues precisamente porque no tengo el honor de conoceros es porque os ofrezco mi brazo.

La jóven obedeció involuntariamente subyugada por la voluntad de Octavio.

—No comprendo bien, dijo ella: ya veis que soy estrangera: creía saber el francés, pero teneis en Paris tan estraños modos de traducir las cosas, que no soy aun familiar á vuestra gramática.

—Aunque no supieseis mas que cuatro palabras francesas, yo os comprendería. Hay el lenguaje de los espíritus superiores que se habla con los ojos, con la sonrisa, haciendo broma, con todas las evoluciones

y todas las elocuencias del alma: este lenguaje vos lo conoceis mejor que yo, porque sois mujer y porque sois estrangera.

—Porque soy mujer, tal vez, pero no porque soy estrangera.

—Entendámonos. Hay estrangeras que permanecen en su casa, y en tal caso tanto peor para ellas; mas hay estrangeras que permanecen en Paris, y estas son nuestras maestras, ó mejor dicho, nuestras queridas.

—Ya veís que vos mismo no estais muy seguro de hablar bien.

—En una palabra, la mujer del Norte ó del Mediodía, la mujer del Norte, sobre todo, que se aventura en Paris, viene aquí porque está segura de sí misma, segura de su fuerza, de su talento, de su dominacion. Hé ahí porque vos habeis venido á Paris, señora, hé ahí porque comprendéis.

—En verdad, caballero, que la serpiente no deslizaba mas hermosas frases á los oidos de Eva. Yo me llamo Eva, caballero, pero no soy la del Paraiso. Me llaman la Mujer de Nieve; no quiero ver el sol. Adios, caballero. Ahora que nos conocemos, adios.

La señora Eva se desprendió con viveza del brazo de Octavio, y se inclinó con cierta imperceptible burla.

En aquel momento el jóven cruzaba cabalmente cerca el grupo del cual se habia separado con objeto de dar el abordaje. No queria estrellarse, principal-

mente delante de aquellos espectadores. Sin impresionarse lo mas mínimo, cogió con dulzura y al mismo tiempo con fuerza el otro brazo de la señora Eva.

—No es esto todo, la dijo, he comenzado una frase y me permitireis concluir-la.

—Temo que vuestra frase no sea como un vestido con cola, es decir, un periodo que se perderia de vista. Lo mismo dá; ya os escucho; nos vamos á comprometer los dos; pero en fin, como no me temo sino á mí misma, hablad.

El jóven habló. Y habló tan bien y habló tan mal que, al dar la segunda vuelta en el paseo, la Muger de Nieve estaba ya conquistada; era la primera vez que un pico de oro llegaba hasta el fondo de su alma.

El señor de Parisis tenía el gran arte de derramar á chorros el sentimiento. Su espíritu burlesco le servia mucho: se burlaba de todo excepto del corazon. Representaba la comedia del amor como un actor de conciencia. Y cuánta alma empleaba en su papel! No habló únicamente de la elocuencia del talento, sino de la voz, de los ojos, y hasta de la mano. La mano de la mujer, cuando trataba de conquistarla, era siempre lo primero que cogia; y esto lo hacia con tanta dulzura, con tanto magnetismo, que la infundia, como por mágia, todo su amor y su alma. Debo advertir que su mano, de un admirable dibujo, era á un mismo tiempo fina y robusta. Era la mano de Leonardo de Vinci, que rompía una barra de hierro, que levantaba una mujer como una pluma y que desata-

ba una cabellera para enredarse en ella con la suavidad y ligereza de un niño.

A la tercera vuelta por el paseo, Octavio fué á sentarse frente al grupo de sus amigos y amigas que ya no dudaban de su triunfo.

—Ahora mismo estabais con aquellas señoras: que dirán ellas?

—Mal de vos y de mí. Mañana vos sereis en Paris una mujer célebre; pasado mañana todo el mundo querrá conoceros: dentro de ocho dias cada uno improvisará sobre vos una historia que no será verdadera.

—Pues esto no deja de ser una hermosa perspectiva.

—Creedlo, no habeis venido á Paris con otro objeto. Ser la novela, la heroína, la leona de Paris, aunque no sea mas que por espacio de una hora, equivale á tener su parte de reinado. Y qué es la vida sin esto?

—Hablais segun vuestro punto de vista y segun el horizonte parisiense, lo cual prueba que nada entendéis en las cosas del corazon.

—Decís esto de mí? Quereis partir á Christiania? Yo iré á desterrarme con vos en el fondo de unas casas de campo, en aquellos valles argentados, pisando aquella virgen yerba ó aquella nieve inmaculada.

La señora Eva era, naturalmente, una mujer romántica que lo amaba todo, que lo huía todo, y que corria tras de todo; era una de esas almas inquietas

que tienen sed de lo ideal, y que se quiebran ante lo real: que tan pronto se enamoran del ruido como del silencio: que en su curiosidad, ya levantan su máscara, ya se replegan sobre sí mismas llorando hasta los pecados que no han cometido.

La Mujer de Nieve comprendió que el señor de Parisis tenia, cual ella, una imaginacion ardiente, que corria hácia todos los horizontes, llevando en grupas la ilusion y el desencanto á un mismo tiempo. Lo que ella buscaba era, no precisamente un hombre para amar su cuerpo, sino un alma, con objeto de pasearse con ella en el laberinto de la pasion.

Aquella Eva era curiosa cual Eva.

Se tocaba la marcha del *Tannhauser*.

—Os gusta la música alemana? preguntó la Mujer de Nieve á Octavio.

—Sí, respondió; me gusta la música del porvenir como la música del pasado; me gusta la música francesa y me gusta la italiana. Verdad es que la música, á semejanza del amor, no tiene pátria. Como quereis señalar fronteras al pájaro que vuela y al aire que pasa? Quién me habia de decir á mí que esta noche á las diez yo estaria violenta y perdidamente enamorado de una noruega?

—Perdida y violentamente: estos dos adverbios serian admirables para una francesa.

—No os riais, señora. Y observad bien que un amor que estalla cual hoy entre los aires de Verdi, de Wagner y de Gounod, no puede morir mañana.

Mientras yo escuche estos aires os amaré constantemente. Por ejemplo: el vals del Fausto que estamos oyendo y que acaba de empezar, lo encuentro bello por la primera vez de mi vida, porque traduce de repente las grandes emociones de mi alma. Siento que Margarita se encuentra aquí y ella es quien me hace subir al séptimo cielo por las espirales desconocidas de las arquitecturas aéreas.

Octavio, al decir esto, pensaba en la señorita de la Chastaigneraye, en su querida Margarita del baile de la embajada.

—Hablais como un poema, dijo la jóven; pero falta en él la rima y el buen sentido.

Octavio cogió á Eva por la palabra.

—Si: héme aquí tan sublime y tan béstia como los señores de Lamartine y Victor Hugo. Que que-rais! en este mundo no se es perfecto. Lo que es estar enamorado! Eva le miró en silencio.

Octavio estaba enamorado, porque siempre estaba enamorado. Si no lo estaba de Eva, lo estaba de cualquier otra; mas la jóven tomó para sí toda la brillante espresion que chispeaba en sus ojos.

—Y bien, le dijo Eva, sois un espíritu superior. Con vos, no hay que perderse en las mezquindades pe la pasion. Tomemos por el atajo: pero os advierto que voy á sorprenderos, toda vez que andaré con mas rapidez que vos.

—Nó, dijo Octavio sonriendo: no andareis mas aprisa que yo: os llevaré la delantera.

—Lo veremos.

—Que oigo? exclamó Octavio.

La orquesta tocaba no sé que lúgubre sinfonía.

—Os permite estar aquí vuestro oido?

—Nó, respondió la jóven.

—Entonces vámonos.

—No puedo salir con vos.

—No entrasteis sola? Si hay alguna preocupacion en las costumbres, esta no impide salir de aquí, á las mujeres.

—Agradezco el que os acerqueis á mi de este modo.

—Como no debemos dejarnos!

—Pero no comprendéis que yo trataba de representar una comedia?

—Y yo tambien. Pero hacemos como esos enamorados de teatro, que concluyen por amarse formalmente.

Octavio arrastró consigo á la Mujer de Nieve, un tanto por la fuerza del corazon, y un tanto por la fuerza de sus puños.

Las extranjeras que mas severas son con sí mismas, no hacen en Paris cumplidos: se imaginan que no deben temer nada mas que su conciencia.

Esto sin embargo, en el concierto, la gente se preguntaba porque aquella adorable rúbia cogia el brazo le Parisis. Todo el mundo queria señalarles con el ded; pero los dos jóvenes habian salido. Donde estaban?

Eva había subido en el coche del duque; habían dado una vuelta por el Bosque, y después habían entrado en el palacio de Octavio. Sin duda entraron en él para admirar sus objetos de arte.... á la luz de las bugías.

La joven no se confesaba vencida; pero se abandonaba con embriaguez, á lo imprevisto de aquella pasión repentina.

Ya se sabe que Octavio era el hombre del momento, que no concedía gracia, y que era ante todo el enamorado del primer instante.

Pygmalion abrasó la mujer de marmol: Octavio abrasó la Mujer de Nieve.

A las doce de la noche la acompañaba á su casa.

—Porque estais triste? le preguntó el joven.

—Porque he de estar alegre? respondió ella. Siempre se sale del amor como de un fuego de artificio: con la noche en el alma.

Comprendió perfectamente que con Parisis no quedaba el mañana.

—Adios, le dijo ella en la puerta de la fonda de Baden; mañana parto.

—Porqué?

La joven contestó sonriendo con amargura.

—Porque siento la nostalgia de la nieve.

## XXIX.

### PÁGINAS SUELTAS DE LA VIDA DE OCTAVIO.

Ya se recordará que el duque de Parisis no había pensado en casarse con la señorita de la Chastaigne-raye porque era demasiado pobre, y demasiado orgulloso. Aunque la amaba profundamente, aunque no soñaba en una dicha mas dulce que la de vivir con una hermosa criatura que no viviera sino por él, nuestro joven se hallaba retenido—él, que desafiaba todos los peligros—por el vago terror que le ocasionaba la leyenda de los Parisis, terror que sentía, no por él sino por Genoveva.

Desde que había disminuido su fortuna en tres millones, pues en cuanto á él no había querido admitir su parte, la cuestión de dinero dejaba de ser cuestión.

El joven se encontraba aun mas rico que su prima.

Como su maestro en el arte de vivir, el señor de Morny, Parisis tenía siempre dinero, aunque no lo tuviese.

Y no era uno de esos improvisadores de negocios

que se lanzan cual aves de rapiña sobre el granero de la abundancia de las familias para llevarse hasta el último grano de oro.

Jugaba á la bolsa con gran golpe de vista. Mientras aguardaba la realizacion de su sueño político, mientras aguardaba que se le nombrase embajador de Constantinopla, probaba, por ejemplo, que creia en la duracion del imperio otomano: habia comprado papel del cinco por ciento turco—quinientos mil francos de renta, á veinte y siete francos cincuenta céntimos,—pocos dias antes de cortarse el cupon.

Como habia comprado á plazo porque no tenia dinero contante, habia pagado á los agentes que negociaban en fondos turcos, con la venta de otros valores.

Parisis habia elegido el tres por ciento francés por la sencilla razon de que si llegaba una mala noticia el crédito francés quedaria quebrantado. Así es que vendió veinte y cinco mil libras de renta.

Jugó bien: echada la cuenta y luego de satisfacer todos los gastos, le quedó una renta de doscientas cincuenta mil libras, pagadera todos los meses.

—Y sin tener que dotar á la señorita Ruiseñor, decia Parisis, el cual, por otra parte, no sentia el haberla regalado cien mil francos.

Parisis habia hecho tan bien su negocio que no tan solo percibia veinte mil francos el primero de todos los meses, sino que, como el papel turco subió diez francos, Octavio se ganó un millon.

Sus amigos encontraron esto admirable. El les decia.

—Porque no haceis lo que yo? Suprimiríais la cuestion de Oriente porque afirmaríais el crédito de Turquía. No hay mejor fusil Chassepot que la moneda de cien sueldos. Creedme: la última palabra de la política es esta: «El dinero es la paz.»

—Eres el Girardin del Club, le dijo el príncipe Azul; tú tienes una idea todas las noches, como él la tiene todos los dias.

Así, pues, si el duque de Parisis no veia venir nada de las Cordilleras, en cambio sabia coger en Paris muy buenos puñados de oro.

Su casa era una orgía.

Cuando daba una fiesta nocturna habia en el salon de juego dos copas antiguas llenas de oro como en otro tiempo las habia en casa el duque de Luynes. Los que perdian iban á aquella fuente dejando en ella su targeta. Parisis decia que aquello era un deber de estricta hospitalidad.

Si fuera necesario citar algunos rasgos de temperamento y de carácter encontraria á millares. Se decia de él aunque burlándose algun tanto, que tenia «la musculatura de Hércules oculta bajo la belleza de Antinoó.» Tambien se habia dicho esto de Roger de Beauvoir. El duque de Parisis habia probado su fuerza en cien aventuras sin hablar de su heroismo en China.

Un dia que iba á paseo en coche en los Campos

Eliseos vió á un auriga que insultaba á una mujer, era una jóven inglesa que habia pagado y que ignoraba que se acostumbraba á dar propina. El cochero, llevado de su insolencia, la abrumaba con epítetos franceses. Había ya un grupo de curiosos que se divertían con aquel espectáculo. Octavio dió las riendas á su criado y bajó de su carruage por no sé que clase de capricho, pues no se metía en dibujos, y creía muy peligroso el separar un grano de arena para constituir la armonía del universo. La jóven era muy hermosa. Octavio ordenó al auriga que la saludase y que la diera una satisfaccion completa; el auriga contestó al jóven con un latigazo que alcanzó á la inglesa. Octavio cogió al auriga y lo echó desde el pescante al suelo con la misma facilidad con que se arroja un puñado de tonterías. Despues volvió á su carruaje. Pero el cochero se levantó furioso para asestarle un puñetazo. Entonces el duque de Parisis se dejó llevar por su cólera, y dando un puñetazo en la cabeza del auriga, le dejó muerto.

Fué un homicidio involuntario.

—He aquí una buena obra, dijo un transeunte, que conocia desde mucho tiempo al cochero.

Octavio dió su tarjeta á un polizonte, diciéndole que iba á denunciar todo aquello al Prefecto de policía. Luego subió á su faeton y siguió su paseo con la misma tranquilidad que si hubiese muerto un chino.

—Oh! Dios mio! dijo la inglesa; me olvidé de dar mi tarjeta á ese caballero!

—Tranquilizaos, señora, le dijo un curioso del grupo; conozco al señor de Parisis, y vos sois demasiado hermosa para que no os reconozca un dia ú otro.

En Roud Point, Octavio se halló con varios carruajes atascados. En vano trató de dominar sus caballos que corrían cual águilas. En frente del Circo, su criado fué echado en medio de los transeuntes. Octavio hizo entonces una cosa que dejó pasmado á todo el mundo: saltó á caballo sobre la Loca, la mas briosa de sus dos yeguas. La Loca le conoció y quedó domada como por milagro.

Octavio no parecia robusto: se habia hecho fuerte por su voluntad.

No creía en la medicina, creía tan solo en la naturaleza, esta madre generosa que desafía la muerte para conservar sus hijos y que los nutre con su leche hasta en los dias de fiebre y de delirio.

Tenia un médico, porque es necesario tenerlo como se tiene un abogado aun cuando á uno le asista la justicia. Cierta noche que estaba enfermo, su médico, al cual no habia llamado, se presentó en su casa y pareció asustado.

—Ah! sí, mi querido doctor, exclamó el jóven; ahora si que no tengo vida para seis semanas: tengo la fiebre, los lábios pálidos, el diablo en la cabeza, las piernas de un viejo octogenario: en una palabra, segun decia Fontanelle, tengo una gran dificultad en vivir.

—Bravo! exclamó el doctor; ahora si que creereis en la medicina.

El señor de Parisis colocó su escepticismo debajo de la almohada.

—Sí, mi querido doctor, hasta si no teneis inconveniente pediré consulta. Mañana llamareis á Cabarus, Ricord y Desmares, total cuatro médicos, cuatro oráculos, cuatro antorchas de la ciencia; hablareis de política y convendreis en que todo va mal en el Estado y que todo va perfectamente en mi casa.

—Entretanto dijo el médico, voy á poner una receta; pero vais á prometerme que la tomareis formalmente.

—Si doctor, con una condicion.

—Cual?

—Vais á beber conmigo una botella de champagne. Conoceis mi champagne?

—Esquisito: no se elabora mas que para vos; pero esto es una locura! Una botella!

—Beberemos dos, si quereis.

Octavio llamó y pidió champagne.

—Me prometeis que únicamente humedecereis vuestros lábios?

—Prometo, mi querido doctor, sugetarme á todas vuestras recetas; pero que diablo! dadme un cuarto de hora de respiro.

Se presentaron las copas. Octavio humedeció tan bien los lábios en la suya que la vació ocho veces durante su cuarto de hora de respiro. Él tenia su idea.

El doctor, á la cuarta copa, no tenia ninguna.

Octavio podia beber durante toda una noche sin chisparse. Tenia demasiada cabeza para dejarse vencer por el vino. Únicamente se embriagaba respirando el sabroso perfume de ciertas cabelleras que acariciaban su frente cuando sus lábios se deslizaban hasta la garganta.

Dos horas despues el médico daba traspies y aconsejaba á Octavio que tomase medicina tres veces.

El señor de Parisis hizo beber al doctor tres copas mas.

A la media noche Octavio entraba en el club perfectamente curado; aquella orgía de vino de champagne habia reanimado las fuerzas de la naturaleza y echado de su interior todas las malas influencias.

A la media noche el doctor entraba en su casa perfectamente enfermo.

—Que se vaya á buscar un médico! exclamó su mujer al verle.

—Nó! replicó furioso el médico! id á buscar al señor de Parisis!

Su mujer vió que traia mucho champagne.

Uno de los libros familiares de Octavio era *Las Damas galantes* de Brantome, este otro escéptico, este Montaigne de los Valois y de las Valoises, que empieza siempre sus historias con estas frases tan sencillamente burlonas: «He conocido una muy honrada señora.» El célebre narrador conoció estas muy honradas señoras en el gran mundo, con frecuencia en

la misma córte. Se trataba siempre de alguna pícara que ni siquiera sería recibida en el medio mundo de hoy día. Se ha dicho que los que no alcanzan fortuna son aquellos que no juzgan á los hombres tan béstias como lo son realmente. Octavio aplicaba este precepto á las mujeres, diciendo que aquellos que no alcanzan sus favores, les suponían menos Evas de lo que efectivamente son. El señor de Brantome animaba mucho sobre este particular á los tímidos. Aquellas «muy honradas señoras,» debieron hacer bajar el puente levadizo de muchas fortalezas.

Cuando yo leo á Brantome bendigo á Dios por haberme hecho nacer en el siglo de la virtud. Hoy día no se encuentran mas que rosas en capullo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO FERRER"  
AGB. 2625 MONTERREY, MEXICO

## XXX.

## LA TRAPERA.

Aquellos caballeros y aquellas damas cenaban alegremente en la Casa de Oro. Allí estaban Parisis, el príncipe Azul, Saint-Aymour, la Taciturna, Tornasol, Treinta-y-seis-Virtudes, y Flor-del-Pecado. Era una de aquellas eternas cenas que vosotras ya conocéis. Se probaba todo, se bañaban los lábios en todos los vinos, se hablaba contra todas las reglas de la gramática, se cultivaba el neologismo y la insensatez chorreaba en todo el mundo.

Había talento? Nó. Parisis no tenía talento sino cuando estaba con «gente decente» como Monjoyeux. Al cenar allí, obedecía á la ociosidad como se obedece débilmente á un mal compañero que os domina, que os coge por la mañana, que os lleva donde quiere y que dispone de vosotros como de sí mismo.

Monjoyeux y Leon Ramée, que eran mas amigos que nunca desde aquella historia de las estátuas quebradas, iban alguna vez juntos á cenar con aquellos caballeros y aquellas damas. Necesario es pertenecer al tiempo en que se vive: siempre se ofrecía algun ti-